

LAS "MEDIDAS": HAY QUE ESPERAR

EL Gobierno Suárez ha brindado a los españoles dos pequeñas piezas en materia económica: la parte concerniente a economía de la declaración programática, y las medidas (?) aprobadas por el Gobierno en la última reunión. La primera tuvo poco contenido. A falta de ideas directrices o de grandes líneas de actuación, menciones genéricas a la libre empresa capitalista —como si de tranquilizar al gran capital se tratara—, al libre mercado y al papel central de la inversión privada. Y también, la de cal, menciones al sistema educativo y a la necesidad de adecuar el seguro de desempleo a las circunstancias.

Parece que el Gobierno Suárez, en su primera legislación económica, ha optado por la "prudencia", y por la "espera". Ninguna medida concreta y significativa —exceptuando la retirada del paquete de Villar Mir, muerto antes de nacer—, y tan sólo algunas medidas tendientes a reactivar la construcción y el acceso a las viviendas, así como a conceder ventajas a ciertas actividades especialmente mal paradas en las circunstancias actuales.

Todos esperábamos otra cosa. Por supuesto no es momento de grandes planes salvadores de la economía, porque, como hemos repetido hasta la saciedad, el problema económico en España en estos momentos es un problema de raíz política, y en esta última se encuentran las soluciones. Pero si sería conveniente que el Gobierno respondiera a algunos interrogantes básicos que persisten en estos momentos sin responder. ¿Cuál es el objetivo esencial del Gobierno Suárez en estos momentos desde el punto de vista económico? Parece que la inflación. Entonces, ¿qué se va a hacer con un déficit presupuestario de la Hacienda con el Banco de España, que se calcula alcanzará la cifra record de 180.000 millones de pesetas al final del año?, ¿qué se va a hacer para que el año 1977 no suframos un déficit de cerca de 300.000 millones, que elevaría la tasa de inflación de la economía española por encima del 25 por 100. ¿Qué posibilidades existen de hacer política monetaria —la única posible a medio plazo en las condiciones actuales— con un sector público que arroja déficits que constituyen records en un país como el nuestro acostumbrado a déficits crónicos? ¿Piensa el Gobierno absorber el

paro cercano a los 800.000 trabajadores con algún tipo de medidas expansivas del sector de la construcción? ¿Cómo piensa el Gobierno lograr un subsidio de paro digno cuando en los niveles actuales los déficits son impresionantes?

No; en vez de contestar a estos interrogantes básicos, el Gobierno ha decidido optar por una línea muy conocida: las ayudas, desgravaciones, acciones concertadas, etcétera, a actividades poco rentables o que se encuentran en dificultades derivadas del crecimiento desequilibrado experimentado en años anteriores con el beneplácito de las autoridades económicas. Irónicamente, un Gobierno que dice creer en la empresa privada y en la libertad de mercado, opta por una línea de intervención en defensa de las líneas menos rentables de producción, tendiendo a perpetuar un sistema que, durante lustros, ha acumulado los aspectos menos positivos, tanto del mercado libre como de la economía intervenida: los aspectos distributivos del sistema de mercado, y las interferencias en detrimento de la eficiencia económica de los sistemas intervenidos. Consiguiendo, por supuesto, un sistema cuyos defectos están a la vista de todos.

Habrà que esperar más tiempo, para ver lo que da de sí, desde el punto de vista económico, el nuevo Gobierno. Pero, en cualquier caso, es claro que ninguno de los defectos esenciales de nuestra economía van a ser abordados por el mismo. Ni política antiinflacionista, porque para ello sería preciso que el sector público fuese sano y la autoridad monetaria independiente del deficitario Ministerio de Hacienda, ni política fiscal, porque el sistema de exenciones, bonificaciones, ayudas fiscales, etc., elimina toda posibilidad de suficiencia, y el apoyo sobre los impuestos indirectos, toda posibilidad de equidad. Ni política comercial, porque parece que los vientos no soplan, precisamente, en la línea de una mayor liberalización y de una menor intervención administrativa contraria a los principios de mercado, propugnados aparentemente por el mismo Gobierno. Ni política de balanza de pagos, porque ésta no es sino la resultante del resto del funcionamiento de la economía. Nada de nada. Esperemos. ■ JULIO SEGURA.



Una promesa truncada

CECILIA

"Esta España mía, esta España nuestra...". La canción de Cecilia, comedida y sobria, era como una respuesta honesta y clara a todos los "¡Que viva Españaaaaaa!" grotescos, y a todos los discursos patrioterros y falsos. La joven cantante (nació el 11 de octubre de 1948, hija de un diplomático: el actual Embajador de España en Argelia, señor Sobredo) puso acentos nuevos y sencillos en el trillado campo de la canción española, empobrecida y vulgar sobre todo desde que una de las múltiples y desgraciadas leyes Fraga, la que obligaba a la radiación y edición de un porcentaje de canciones españolas sobre las extranjeras, la abarató. Cecilia, dotada por su nacimiento de una educación internacional, había cantado también, sobre todo al principio, en idiomas extranjeros. Poco a poco fue haciéndose a España, y tuvo de ella esa visión de que se puede tener cuando se contempla un poco desde fuera, pero sin dejar de estar dentro. Había abandonado en 1971 los estudios de Derecho, en los que había alcanzado hasta el cuarto curso, para entrar de lleno en la música y la poesía: escribía sus letras y sus músicas, las interpre-

taba. Habrá que agradecer un día a estos llamados "cantautores", tratados siempre con desdén por los "profesionales" y con discriminación por la Sociedad de Autores, tan dominada —en este aspecto— por los profesionales de la mala música su contribución a un cancionero al que se incorporaban con la misma tradición y vocación con que se entregaron los que milenios atrás lo fundaron: los trovadores. Cecilia fue uno de ellos.

"Amor de medianoche", o la siempre bien escuchada "Dama, dama" —canción del año en 1972— son algunas de sus contribuciones a la canción española. Cecilia partía de la honestidad, de un sentido ético, de la sencillez.

Ha pagado su tributo al absurdo de nuestro tiempo: la muerte en la carretera. Un accidente se llevó a Cecilia el 2 de agosto. Su carrera musical y poética estaba iniciada: cinco años. Si en 1971 fue considerada por la crítica como "la promesa" más visible, seguía siendo en 1976 una gran promesa, a pesar de que algunas de sus realizaciones estaban ya cuajadas y firmes.

Ahora es ya una promesa truncada. ■